

EL LENGUAJE: DIMENSIÓN OBLIGADA DE LA INTERDISCIPLINARIEDAD EN LA FORMACIÓN HUMANA

Por: Gladys Zamudio Tobar¹

Las disciplinas se transforman por las necesidades de los expertos, según las problemáticas que surgen en las sociedades. Ellos, necesariamente, acceden a conocimientos diferentes a los de su especialidad. Los cuestionamientos e indagaciones obligan a los investigadores a decodificar símbolos – aparentemente- ajenos a sus saberes. Paulatinamente, a través de la lengua y los lenguajes no verbales, el estudioso, ingresa al mundo interdisciplinario. Y, cuando sus intereses investigativos trascienden todo contexto y se internan en el espíritu y esencia de las situaciones como fenómenos, se eleva en la dimensión transdisciplinaria.

Sobre la interdisciplinarietà (Edgar Morin²)

La interdisciplinarietà, desde el enfoque teórico de Morin y en mi lenguaje, son los tejidos complejos de conocimientos de las disciplinas, que dialogan en torno a diferentes problemáticas sociales y humanas, transfiriendo métodos, técnicas y saberes de unas a otras.

¹ Jefe de Área de Lenguaje – Dpto. de Lenguaje e Idiomas Extranjeros de la Facultad de Educación. Universidad Santiago de Cali. gladys.zamudios@gmail.com

² Orientaciones universitarias: La interdisciplinarietà en la universidad. 2010 (Junio) Bogotá: Fundación Cultural Javeriana de Artes Gráficas – JAVEGRAF. Texto impreso a partir de la *Jornada de Reflexión Universitaria - Interdisciplinarietà: condición de coherencia universitaria*. (1° al 3 de julio de 2009)

La actitud y aptitud interdisciplinaria está consolidada por un espíritu autónomo y *policompetente*, producto de una mirada aguda *-multifocalizada y polidimensional-* y un paradigma cognitivo flexible que facilite el paso de una ciencia a otra. En otras palabras, ser interdisciplinario requiere una mente sin linderos frente a la experimentación, innovación y reorganización de esquemas de conocimiento, mediante la *retroducción*, o generación de un nuevo esquema por intercambio de transformaciones disciplinarias, y la *abducción* o invención de hipótesis explicativas.

Un problema de estudio de la propia interdisciplinariedad es hallar una o varias vías de articulación entre las ciencias, pese a sus diferentes lenguajes y conceptos que las significan. Por lo tanto, otra competencia a desarrollar en este ámbito son los metalenguajes, que consisten en interpretar los códigos de estructuración de las ciencias para ponerlos a interactuar en discursos que generan nuevos enunciados.

¿Cuándo se rompen las fronteras de las disciplinas?

Las disciplinas en sí tienen delimitaciones que giran en torno al objeto de estudio y los diferentes enfoques y perspectivas que dialogan al interior de cada una. De hecho, ellas, expresan posturas ideológicas, metodologías y, en general, paradigmas que las sostienen en el tiempo. Pero, quien

verdaderamente dinamiza los estados de letargo de las disciplinas es el estudioso. En él ocurren las convulsiones y las utopías que lo estremecen, y busca –obsesivamente- otras maneras de responder sus interrogantes, en la ciencia, el arte u otras posibilidades.

Por consiguiente, es el ser humano quien integra sus nuevos saberes a las disciplinas, quien las transforma para agitar, también, al mundo. En ese momento, libera, en un vuelo sensato, no sólo los conocimientos sino a él mismo y a sus congéneres. Cuando hay intereses genuinos, que contribuyen a resolver asuntos de un entorno “propio”, de la ciencia, del arte o de la conciencia es necesario romper barreras -que en un momento fueron útiles y ahora están oxidadas- o, al menos, modificarlas y entre los estudiosos –ojalá- desdibujarlas o crear unas nuevas, ajustadas a contextos más cercanos. Tal vez se deberían implementar estrategias, portillos, para ingresar de una a otra disciplina, según las diversas necesidades y miradas interpretativas.

Siendo así, las tensiones, de la disciplinariedad, la multidisciplinariedad, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad, se generan también en una conciencia que reconoce los códigos de los diferentes sistemas de lenguaje; ocurren en seres capaces de jugar con ellos, recrearlos, mutilarlos, reubicarlos, de hacer lectura de esos metalenguajes, producir otras ideas y expresar sus “nuevos” conocimientos, lo cual –a su vez- se traduce en un especie de función estética de los lenguajes: las infinitas maneras de describir e interpretar los mismos conocimientos generan otros sentidos y significaciones.

Por otra parte, existen también franjas de discusión entre las comunidades - rurales y urbanas, nacionales e internacionales- acerca de las problemáticas en indagación. En este sentido, son poderosas las barreras culturales; el estudioso sale de su país para intercambiar saberes y, de manera irrestricta, se involucra con “nuevas” discursividades, lenguas extrañas a él; prácticas culturales diferentes a las suyas; escenarios con geografías y temperaturas que no había sentido antes. Todas las vivencias, todos los placeres y displaceres, inevitablemente llevan a ese hombre o a esa mujer a desvanecer poco a poco las barreras, tanto de la disciplina –que antes circundaba sólo unos espacios- como de sí mismo o de sí misma.

Como consecuencia de todas las experiencias anteriores, en un ejercicio metacognitivo, de conciencia frente a todos sus aprendizajes, el investigador (el estudioso) teje su piel en un mundo que trasciende la inter y multiculturalidad para levitar en el majestuoso y abstracto secreto de la transdisciplinariedad: la transformación de sí como la ciencia misma.

La visibilidad y utilidad de los productos de investigación en las disciplinas

Las diferentes dimensiones del quehacer disciplinar, según su prioridad, reflejarán sus productos: algunos con gran visibilidad como los tangibles; otros, representados de manera simbólica o en producciones abstractas, como las culturales; y otros, aún más complejos, pero menos evidentes, que llevan a la confluencia de saberes, acciones y sentires. Éstos últimos, estas creaciones y reconfiguraciones actitudinales deberán esperar sus resultados, sólo se verán claramente en la transformación del ser humano; y esto únicamente se puede medir en la convivencia, en el hecho humano.

Pero cuando aquí se habla del “hecho humano” no nos referimos al hacer mecánico, inspirado en la división social del trabajo, discriminación ineludible de nuestro estado permanente de globalización; es decir, de “tener que” participar en los lenguajes mercantiles de los poderes económicos, haciendo de la formación humana y el conocimiento adquirido un producto más para el comercio y para los puntajes que “cualifican” los procesos de investigación.

Aunque esas realidades son inevitables porque estamos inmersos en ellas, el “hecho humano” se piensa como el goce de las oportunidades de indagación – en este caso- de experimentación y de transformación de sí mismo para conquistar una convivencia sensata, no sólo en los ambientes educativos sino

en todos los “territorios” –físicos y abstractos; abiertos y cerrados; públicos e íntimos- donde participemos.

Pese a lo anterior, existen unos códigos dominantes y, en medio de estos territorios, nos corresponde ubicarnos, pues ellos son parte de esos lenguajes que nos hacen pensar en cómo y para qué ser interdisciplinarios e interculturales en la educación. O hacernos preguntas como: ¿Por qué unas disciplinas crecen más rápido que otras? ¿Por qué hay unos tiempos favorables para el espectáculo de unas disciplinas y no de otras? ¿Por qué y para qué a una organización se le ocurre estructurar un plan de estudios? ¿Por qué las ramas de las disciplinas se convierten en carreras profesionales? Así mismo, las respuestas a algunos de estos cuestionamientos nos llevan a revisar las contradicciones entre los discursos de la educación, sus políticas y sus prácticas, como también descubrir –no de manera inocente- que desde las instituciones educativas hacemos muy poco para resolver –al menos en parte- dificultades concretas de nuestros territorios.

¿Cuáles serían los “productos”³ de investigación que realmente resolverían nuestra miseria? ¿Qué necesitamos saber para contribuir a la resolución de nuestros conflictos? Hay diferentes clases de productos y producciones –de estrategias y métodos- para mitigar los dolores de nuestra sociedad, pero, al parecer, son muchos los resultados de proyectos de investigación en las universidades, que no van más allá de convertirse en libros leídos por pocos y,

³ Término propio del lenguaje publicitario: la imagen para vender.

quienes lo hacen, no saben para qué sirven esos ejemplares. Siendo así, el “producto de investigación” se torna empalagoso frente a la famélica realidad y ostentoso en las categorizaciones de los grupos que compiten únicamente para la acreditación institucional.

Este es otro territorio que también contiene códigos, sistemas, lenguajes que es necesario comprender. Ellos están ubicados en otras dimensiones –política y económica- que los grupos de investigación a competir deben interpretar desde perspectivas muy amplias e interdisciplinarias, en beneficio de nuestras realidades más próximas, luego de las otras.

Los productos y las producciones, se hacen insuficientes o innecesarias cuando se conciben desde la mirada mezquina de la competitividad, intentando descifrar problemas ajenos a nuestro contexto. Por lo tanto, es justo conocer primero cuál es nuestro territorio, cómo significarlo y dinamizarlo para que crezca; luego, puede dialogar con otros, en lenguajes diversos, con diferentes expresiones, métodos, y compartir con otras culturas.

Las aldeas global y local del conocimiento nos dan pistas para resolver nuestros interrogantes y hallar estrategias, con el fin de reducir problemas de nuestro espacio, latentes y manifiestos, pero ellas no son las soluciones en sí. Quien se desplaza y convive en la comunidad sabrá cuál puede ser el paso a

seguir; de lo contrario, es probable que termine sumando puntaje con productos que poco o nada beneficiarán a su territorio.

Si la visibilidad de los grupos de investigación y de sus productos o producciones no garantiza su efectividad en la transformación social y humana será porque se está actuando de manera desarticulada: por una parte el sistema educativo internacional, y el nacional intentando acogerse a sus políticas; por otra, las instituciones y sus investigadores; por otra, la administración de la investigación y el conocimiento y, por otra, las poblaciones vulneradas.

Se perciben paradigmas que no dialogan entre sí, aunque en la discursividad general hablan de los mismos propósitos; son lenguajes desprovistos de eco. Esto se interpreta como una doble moral que se hace pasar como una gran contradicción: entre lo propuesto en los discursos del sistema educativo estatal, sus intenciones, las de las organizaciones privadas y las limitaciones humanas para materializar esos discursos que, a su vez, se convierten en productos publicables con los que no se transforma la sociedad. El problema no está en el texto sino en el contexto.

El contexto académico debe propender, en primera instancia, por la resolución de dificultades de su entorno. Un Programa Académico, un Área, un Departamento tendrán que articular sus saberes, en diálogos interdisciplinarios

y multiculturales. Pero ¿Será que estamos preparados para ello? ¿Qué significa pasar de una asignatura de Programa académico a una que se fomenta en todo un Departamento? ¿Cómo se establecerán acuerdos en ese gran compendio de asignaturas, de personalidades –directivas, administrativas, docentes y estudiantes- de propósitos, para una reestructuración curricular por Departamentos? ¿Cómo conllevará esto a la transformación de una Universidad Científica, que trascienda las paredes de las aulas y se interne en la piel de seres humanos?

¿Departmentalización o mimetización de los saberes?

Las asignaturas tienen sus historias, sus comportamientos, dependiendo del lugar donde se desarrollan. Cuando son pensadas para resolver inquietudes o asuntos de un Programa Académico son especializadas y atinan efectivamente a cumplir con sus propósitos; aún así no pueden dar solución a todos los interrogantes de las partes que lo componen.

Imaginemos ahora, organizados en Departamentos, cómo serán esas asignaturas, que antes se veían estrechas. Ahora serán denominadas de formas comunes porque están bajo parámetros iguales para todos y deben “operar” de tal manera que suplan las necesidades de la totalidad de huéspedes de los Programas académicos, que actualmente cohabitan bajo una misma entidad.

En el primer párrafo de este aparte se hace referencia a una relación pedagógica que gira en torno a la profundización de la disciplina, que antes de la departamentalización era débil; en el segundo, se plantea la necesidad de “hacer comportar” las asignaturas como interdisciplinarias, cuando ni siquiera se resolvió lo anterior, la disciplinariedad. Esta situación parece contradictoria; sin embargo, en uno y otro caso, desde nuestros intereses individuales, todos podemos aprovechar para el mejoramiento de los procesos de formación en la Universidad, pero la incompatibilidad no está en los individuos sino en los colectivos, en desdibujar dos paradigmas para permearse mutuamente: el de la especialización frente al de la interdisciplinariedad.

El problema no es de individuos sino de un sistema, es decir de un conjunto de elementos organizados por propósitos comunes, bien sean éstos de forma o de contenido. Es más fácil enunciar y decidir el diseño de un Departamento por su forma que por sus contenidos. Por ejemplo, saber que se agrupan nombres similares, de asignaturas, de cargos y de funciones, pero detrás de esos significantes comunes hay complejos entramados de ideas, de utopías, de paradigmas, de metodologías que los determinan. ¿Serán desconocidos? Entonces, como decía Saussure, el significante determina el significado y viceversa, o, en otras palabras, la estructura se define por lo que hay dentro y al revés, lo que hay dentro, define la estructura.

Departamentalizar exige mucho más que “hacer aprobar” la resolución correspondiente al proceso. Esta “nueva” manera de ver las relaciones académicas, y vieja –en el universo educativo global- reclama, como toda transformación, tiempo, paciencia y formación para ello. Pero, sobre todo, pide a gritos la revisión, la valoración de las formas como se han resuelto las dificultades en ese sistema educativo. Quizá se está sembrando sobre terreno estéril y, aún con mucho esfuerzo y trabajo “*por amor a la institución*”, no se verán los resultados esperados: una universidad científica. Para ello se requiere de la voluntad de formación en todos los agentes pedagógicos.

En cuanto al concepto de universidad científica, la plataforma donde se cimentan los proyectos –educativos, administrativos e investigativos- se puede convertir en el mayor obstáculo epistemológico, de cualquier proceso de reforma curricular. En detalle, esta expresión connota o significa diferentes situaciones y contiene diversas sensaciones. Por ejemplo, la manera como están diseñados los currículos, con algunas excepciones, arroja en poco o en nada las necesidades académicas y humanas de los estudiantes; los programas parecen pensados sólo para el bienestar de los docentes. La departamentalización puede ser una oportunidad de trabajo en equipo, de plantearse y responderse interrogantes; primero al interior de las áreas, después entre ellas y, por último entre los departamentos.

Sumado a lo anterior, la conquista de esos espacios disciplinarios e interdisciplinarios también exige de los docentes, estudiantes y directivas

mente abierta, formación humanística, capacidad de aprender de los otros en torno a diversos lenguajes y códigos; no sólo el de la lengua escrita y oral, pues se sabe que cada disciplina tiene sus metalenguajes.

Otro aspecto que contribuiría al diálogo, intersección y tejidos útiles de saberes podría ser la interpretación de los contextos más cercanos –entre todos los actores pedagógicos- para la construcción de teorías que los reflejen y, en ese mismo sentido, identificar los enfoques que se ajusten a nuestros territorios o realidades. Así, el entendimiento de las complejidades abstractas, de las metáforas cotidianas -siempre presentes en la relación lenguaje – pensamiento y realidad- se reducirá; dolerá menos ir de un nivel de comprensión a otro, que permita entender cómo funcionan las formas, los contenidos y, en consecuencia, los sistemas académicos, que involucran a todos los que de una u otra forma participan en ellos.

Por estas razones, se debe considerar la rigurosidad en la dilucidación de enfoques, teorías y métodos de las disciplinas para hallar los valores en nuestra realidad concreta, que se reconstruye en la confluencia de la inter, multi y transdisciplinariedad.